

Manuscritos de Kugen. Página 3

Es fácil, en medio de este silencio que, a veces, parece que no va a terminar nunca, creer que no ha pasado nada, que no vi un trazo nacer de la vacuidad, no estuve nunca en Chang'an y nadie va a venir a por mí.

Atago es un monte abandonado, excepto por un modesto santuario del que cuida un joven sacerdote con dedicación. De vez en cuando, cruzan ante mi choza, peregrinos que tan apenas reparan en mi presencia. Como si yo fuera un árbol más que los cobija con escueta sombra su camino. Entonces, es cuando me pregunto si de verdad estoy aquí o alcancé el dharma sin darme cuenta, y el silencio que me envuelve es la tierra de los budas y vago en la eternidad.

¿Estará allí todavía mi maestro?

Manuscritos de Kugen. Página 4

*En otoño,
tengo tantas ganas
de mirar la luna
otra vez esta noche
no me deja dormir.*

Hoy me ha despertado el viento frío desliziéndose entre las rendijas de mi cabaña. Los juncos del techo se habían desprendido y podía ver las ramas sacudirse sobre mi cabeza. Por unos instantes, miré con pavor a la noche. Los árboles parecían sombras decididas a devorarme antes de que saliera el sol.

Me he dado cuenta de que tiritaba.

El otoño había llegado y sentía la túnica como papel de arroz sobre mi piel. De pronto, un ruido amortiguado y apresurado me ha puesto en alerta. Mi primer pensamiento ha sido para los Monjes de la Ira pero luego, he conseguido serenarme, pensando que tan solo se trataba de algún animal merodeando fuera de mi cabaña. Cuando he ido a abrir la puerta, algo al otro lado, me lo impedía.

Bajo la pálida luz de las estrellas, he encontrado un bulto enrollado. Era una capa de lana envuelta con un cordel.

Tres lágrimas han caído sobre ella, antes de que me decidiera a ponérmelo.

Mañana iré a barrer las escaleras del santuario del joven sacerdote.



2. El pulso del buscador

Tardaron un día en empaquetar las pocas pertenencias que tenían y marchar de Atago. Debían hacerlo antes de que Filo Cortado viniera a por ellos. Atago era el último lugar desde donde Qiang había enviado noticias sobre sus progresos a la orden, y si Filo Cortado empezaba a sentirse impaciente por los avances de su misión y decidía hacerle una visita, empezaría por allí. A menos, que lo buscara a través del Primer Arte...

Pero antes de irse, había algo que le quedaba por hacer.

A Qiang no le costaba dejar atrás Tsukinowadera. Cuando llegaron allí, siguiendo el rastro de Kugen desde Hiei, el templo lo habían encontrado medio abandonado. A merced de las inclemencias del tiempo y en manos de algún ocasional devoto que de vez en cuando, debía venir a barrer el suelo y quitarle el polvo al viejo buda.

Junto a Tomoko, Yun lo dejaron casi como nuevo. Pero siempre supo que no se quedarían mucho tiempo. Según lo que podía interpretar de la Madera, Kugen no debía haberse quedado allí más de un año a lo sumo.

El monje miró los pergaminos y luego el fuego que ardía frente a él, indeciso. Desde que había llegado de Kurama, la urgencia le quemaba, le oprimía. Y en ese momento, parecía llamarlo, acuciante desde la caja de pino que contenía los manuscritos. Por la mañana había posado la mano sobre ella y había sentido una sugerencia distante, como solo podía ser con los troncos talados y doblegados por los humanos, pero aún así, una sugerencia clara: *guárdalos*.

¿Había entendido bien? Se preguntaba Qiang con un pergamino sobre las llamas. No se fiaba mucho de sus sentidos después de la agitación que había vivido las pasadas noches, pero él era un maestro del Primer Arte. Él sabía. Mucho más que cualquiera. Pero esa sugerencia de la Madera Muerta estaba en contra de toda lógica y en contra de su seguridad y la de su familia.

Qiang alzó la vista y los miró. Tomoko lo esperaba, ultimando detalles, al inicio del camino de descendía sinuoso por la montaña. Suyin perseguía a algún pequeño animal. Yun corría detrás de ella, protector. Tomoko arreglaba los fardos con una sonrisa. Pero Qiang sabía que fingía. Tuvo ganas de correr hacia ella, tomarle de las manos y besarla.

Más tarde, pensó.

Volvió la vista al fuego. Lo miró como elemento, como uno de los Cinco. Nunca lo había escuchado, ni siquiera un susurro distante. Se preguntó cómo debía ser ver algo en las llamas, en el humo. ¿Cuán distinto sería de escuchar la Madera? Desde pequeño, quedó claro que su elemento era la Madera. Lo habían puesto a prueba con Los Cinco, aunque Tierra se la



podrían haber ahorrado, pero todavía seguían intentándolo. Después de siglos, seguían haciéndolo. Todo maestro tenía el deber de poner los Cinco ante los aprendices. Y el elemento de Qiang Chen, fue Madera. Luego aprendió a escucharla, a reverenciarla... y a obedecerla.

¿Sería la primera vez que desoyera el mensaje de la Naturaleza? El Tao Wu hablaba claro sobre ello:

*Hay en el universo cinco grandes,
y el hombre está entre ellos.
El hombre tendrá por norma
El Fuego, la Madera, el Agua, el Metal y la Tierra.
Son el continente de la virtud.
Se mira y no se ve;
Se escucha y no se oye;
Se usa y no se agota.
Imperceptible, indistinto para el pueblo.
Absoluto y claro para el sabio.
Atente a la Gran Imagen
Y todo bajo el cielo acudirá.*

Pero no quería saber nada de aquellos pergaminos. Y cada vez estaba más convencido de que su Orden no debía poner las manos sobre ellos. Y mucho menos, Zhou Wei, Filo Cortado.

El fuego crepitó intensamente en ese instante. Las llamas perdieron intensidad y bajaron de altura. Se consumían. Qiang se tapó los oídos. La Madera viva gritaba roja, abajo entre las llamas. Como si miles de voces chillaran al unísono.

No quería oír, no quería saber, pero era demasiado tarde para eso.

—Llévatelos —dijo Tomoko con suavidad detrás de él. Qiang se giró para mirarla—. Quizás no hace falta destruirlos. Quizás tan solo, tienen que llegar a las manos adecuadas.

La miró con emoción contenida. Podría ser. ¿Y si era aquella su misión?

Qiang se levantó y guardó los pergaminos en el fardo con prisa. Tenía algo que hacer. Algo urgente: Tomó las manos de su mujer y la besó.

Una semana después, estaban en Omine, su nuevo hogar.



No había sido difícil que el daimyo de la región de la provincia de Yamato le dejara ponerse al mando del templo Omimesan-ji, en lo alto de del Monte Omime. Este había sido abandonado en la última guerra entre el daimyo de Kii y el de Yamato. Pocos eran los que se atrevían a habitar un templo sin una legión de sohei o de yamabushi a sus espaldas. A eso había que sumarle que esas formaciones estaban cada vez más perseguidas por el shogun, que enviaba centenares de samurái a quemar templos insurrectos por toda la isla. El resultado era que los templos aislados entre provincias enemistadas estaban abandonados. El daimyo también había mencionado un rumor sobre un par de almas en pena que aparecían por un cementerio olvidado. Qiang no le dio importancia. Ni los yurei, ni un puñado de samurái, cegados por el honor, le preocupaban.

El peligro venía de Filo Cortado. Esperaba haber puesto suficiente tierra de por miedo.

Entre los cuatro miembros de la familia Chen, tuvieron el templo habitable en menos de una semana. Después de la tarea principal, Qiang se dedicó, junto a Yun, a hacer cultivable un pequeño terreno adyacente. Tomoko, en compañía de Suyin, arregló el camino de escaleras, flanqueado por faroles de piedra e hitos, que habían caído derrumbados sobre los escalones.

La caja con los manuscritos la escondió en un pequeño sótano bajo el templo. Qiang esperaba que en aquel agujero, las hojas acabaran convertidas en el mismo polvo gris. Olvidadas y enterradas en la tierra por siempre jamás.

Tres años más tarde, Qiang casi había relegado al olvido a Kugen y a Kurama. Suyin no daba señales, en absoluto de estar afectada por lo que tenía escrito en el hombro, y Omime parecía ofrecerle el perfecto escondite frente a los monjes de su orden, pero una visita, le demostró cuán equivocado podía estar.

—Maestro —dijo Reiko Oishi, inclinándose hasta permanecer completamente horizontal, con las manos sobre las rodillas. Su habitual moño grueso como un puño, despuntaba en lo alto de su cabeza y los mechones laterales, ahora casi rozaban el suelo.

Qiang no habló. Solo la observó, con admiración y con un temor inesperado. Reiko había mejorado mucho para haber sido capaz de localizarlo. Y eso a su vez, le recordaba que era localizable.

Tomoko salió del templo y ahogó un grito de sorpresa. Dio cuatro pasos cortos, pero rápidos y tomó las manos de Oishi de sus rodillas.

—¡Reiko-san!



Oishi se irguió y sonrió ampliamente dejando sostener sus manos en las de Tomoko, pero su sonrisa se volvió una fina línea mientras lo miraba. Qiang supuso que esperando su reacción.

—¿Vuelves a ser Tronco Tieso, maestro?

Qiang sonrió, ensanchando su mandíbula prominente hacia arriba y miró a su amiga. Reiko seguía teniendo aquella chispa latente en la mirada, que parecía esconder un comentario insolente detrás de otro. Solo que ahora de sus párpados tiraban unas finas arrugas.

—No soy tu maestro —contestó Qiang recuperando poco a poco la seriedad.

—Tú me enseñaste el Primer Arte.

—No fue algo oficial...

—Espero que lo sea ahora.

—Si has llegado hasta aquí, poco más puedo enseñarte, Reiko-san.

Oishi lo miró ladeando la cabeza a un lado como si tratara de ver a través de él.

—Que me trates con esa cortesía, no hará que me marche, Roble Viejo.

Qiang rio con ganas. Inclino levemente la cabeza a modo de saludo, aceptando su respuesta.

—Entra a tomar una taza de té, te lo ruego, Rei-chan —le pidió Tomoko.

—Entra a tomar una taza de té, te lo ruego, Rei-chan —repitió Suyin junto a las piernas de su madre.

—Sois dos gotas de agua, Tomoko —dijo Reiko alternando su mirada entre madre e hija.

—Somos pino y ginko, dice mi padre.

Reiko rio.

—No esperaba menos de Roble Sabio.

Los cuatro se sentaron a tomar el té. Yun se unió a ellos después de encender el brasero y ponerlo bajo la mesa, entre los pies. El invierno todavía era suave pero dentro del templo, el fresco era acusado. Y una invitada como aquella, bien merecía un pequeño fuego. Qiang dejó que Tomoko hiciera las preguntas de cortesía de rigor a Reiko. Aunque ella se las daba de maleducada y salvaje cuando quería, sabía que su amiga estaba alterada y necesitaba algo de tiempo para serenarse. La conocía, pero además, lo notaba en la Madera Muerta de la mesa. Cuando el crepitar de esta se volvió un ligero murmullo, Qiang decidió que era el momento de ir al grano.

—¿Dónde has estado todo este tiempo?, ¿con Echizen?

Reiko negó con la cabeza. Sus dos mechones largos se sacudieron.



—Echizen se retiró definitivamente. Natsume... Natsume los ha dejado.

Qiang dejó la taza sobre la mesa y miró fijamente a Reiko.

—Sí —continuó Reiko, mirando absorta el vaho que ascendía de su taza.—No está bien. Pero ya sabes cómo es—. Levantó la vista y sonrió con esa timidez que a veces, parecía arrebatarse súbitamente—. Seguirá sonriendo al melocotonero hasta que muera. Ha dejado la búsqueda de una vez por todas. Quiere cuidar de Momoha, dedicarse a su verdadero negocio y buscar un hijo al que adoptar.

Echizen. Reiko. Natsume. Qiang recordó cuando diez años atrás, se llamaron a sí mismos los Buscadores. Entonces, no sabían de verdad lo que estaban buscando. Qiang los había utilizado al principio para sus propósitos personales cuando encontró el primer pergamino en la tienda de Echizen, entre cachivaches. Hacía un año que Qiang vagaba por Yamashiro sin éxito hasta que dio con aquella tienda de antigüedades en Kioto. Le preguntó, casi amenazante, a Echizen, si tenía algún pergamino más como aquel. El anticuario sonrió y asintió. Lo buscó entre sus washis viejos y luego le dijo que lo sentía, que debía haberse confundido. Qiang tuvo ganas de pegarle. Pero Echizen volvió a sonreír y le invitó a un té.

Qiang descolocado por su actitud, se dejó caer junto a la mesita de la trastienda y se tomó el té mientras devoraba con los ojos el primer pergamino de Kugen que había encontrado.

Echizen, un alma buscadora como él, y un erudito anticuario, se convirtió en su sombra amiga y pronto, se les unió Oishi, una artista de la pintura zen en Kioto, obsesionada con la búsqueda de la esencia. Natsume llegó años más tarde, de la nada, sin familia, y jamás le gustó para su amigo. Natsume hacía restallar la Madera Viva como si esta quisiera escapar.

Y ahora resultaba que había abandonado a Echizen. Si algún día la encontraba...

—Lo de Natsume se supo desde el primer día —dijo Reiko interrumpiendo sus pensamientos—. El único que no lo quería ver era Echizen, Qiang.

—Se casó con él.

Reiko se encogió de hombros.

—Era una buscadora también. Solo que ella nunca buscó, de verdad, lo mismo que nosotros.

Qiang decidió dejarlo estar. Reiko siempre había defendido a Natsume. Decía que la responsabilidad estaba en Echi por seguir con ella. Lo que no entendía Reiko era que no todas las personas eran tan fuertes para dejar a algo, o alguien más bien, que querían. Natsume debía haberlo dejado años antes, si de verdad lo quería.

—Transmítele mi sincero pesar a Echizen cuando vuelvas, por favor.



Reiko levantó una ceja. Se peinó el flequillo varias veces y mesó su mechón derecho mientras miraba a un lado.

—No —dijo Qiang abriendo mucho los ojos.

—¡Sí! Por favor —dijo en cambio, Tomoko.

Suyin y Yun se miraron el uno al otro, confundidos.

—¿Qué más puedes querer de mí, Oishi? Dominas el Primer Arte y la pintura...

—Caligrafía, Qiang —le interrumpió Reiko. Primero mirándolo a los ojos y luego bajando la vista hacia el té. Ahora sí, estaba leyendo el vapor de agua. Lo veía en sus ojos.

Qiang se enderezó.

—Yun. Suyin. Fuera.

Yun se levantó al instante, obediente. Suyin miraba a Reiko embobada. Su hermano tiró de la manga de su kimono hacia arriba y esta se dejó llevar con una mirada confundida. Qiang no habló hasta que sus hijos estuvieron fuera del templo y oía a Yun dar explicaciones a su hermana.

—¿Qué pergamino has encontrado?

Reiko se sacó un viejo papel de entre el pliegue del kimono interior.

—Protección —dijo ofreciéndoselo a Qiang.

Qiang lo tomó en sus manos. El manuscrito estaba muy gastado como casi todos lo que habían encontrado. La caligrafía era inequívocamente la de Kugen. Conocía de memoria sus tendencias, sus pesos y sus vicios: utilizaba sinogramas chinos a menudo, para el sonido cuando no podía utilizar su propia lengua.

Qiang, limpiando a fondo una antigua habitación del templo de Sung, había encontrado el pergamino que Kugen perdió en Chan'an y así había empezado su búsqueda de los pergaminos.

Todos sus escritos estaban llenos de ese aire de superioridad nacionalista y de esa obsesión por las formas hasta la última consecuencia. Aquellas particularidades se veían en unos trazos tan perfectos que parecían impostados.

Recordó su encuentro con él en Kurama y en qué se había convertido ese tal Kugen y un escalofrío le recorrió la espalda. No podía contárselo a Reiko. No podía ponerla en peligro.

—Yo también dejé la búsqueda, Reiko —le dijo devolviéndole la hoja por encima de la mesa—. No quiero volver a saber nada de esto.

—Lo entiendo —contestó la artista mirando a Tomoko y después a Qiang—, pero debes ayudarme a mí. Yo no pienso dejarlo.

Aquella última frase era un desafío.



Qiang alargó un brazo por encima de la mesa, rápido como una flecha, y agarró con fuerza la muñeca de Reiko. Tomoko dio un brinco y Qiang se arrepintió al instante, no le gustaba que su mujer le viera así, pero era demasiado tarde para esconder su arranque de ira. Reiko, en cambio, no se inmutó.

—Esos pergaminos son peligrosos, Rei —le dijo intentando mantener un tono suave que resultó en un siseo—. Deberíamos destruir todos los que encontremos.

—¿Lo has hecho tú con los tuyos?

Qiang la soltó. La odiaba cuando se pasaba de lista.

—Solo te pido que me enseñes a dibujar esta palabra. *Protección*, Qiang. No buscamos las plumas, no buscamos el Enso. Lo entiendo. Ya nos dijiste que era peligroso. Pero esta palabra puede ayudarnos a todos. Debemos aprenderla juntos.

Qiang se frotó los ojos. No tenía ganas de volver a aquello. Había decidido olvidarlo. Después de lo que había escrito el maldito Sojoko-Kugen el hombro de Suyin... Se levantó y salió de la habitación en dirección al exterior donde estaban sus hijos.

—El pulso del buscador —oyó decir a Reiko detrás de él.

El Monje de la Ira trató de ignorar esa última frase, pero el corazón empezó a latirle fuerte. Salió y miró a Yun. Estaba sentado en las escaleras del templo, observando a su hermanastra. Suyin miraba un hueco entre dos árboles. Su hija levantó una mano y movió los dedos en el aire como si tocara las hebras de una nube que solo viera ella. Había empezado a hacer ese tipo de cosas desde que volvieron de Kurama. Se le encogió el estómago.

Protección.

Qiang sintió un amor súbito por sus dos hijos tan grande que tuvo ganas de llorar.

Miró su mano y reflexionó. Quizás aún lo tenía.

El pulso de un buscador.

Qiang no pudo negar a nadie, ni siquiera a sí mismo, que el invierno fue una fiesta con Oishi entre ellos.

Aunque también fue cargante como cigarra en verano.

Estaban en la habitación principal del templo, junto a la mesa, con washi caligrafiados y anotaciones sobre papeles, aquí y allá. Una corriente fría, de finales del tercer mes, corría entre los dos shoji abiertos.

—No creo que el primer trazo ascendente tenga esa inclinación —le señaló Reiko sobre el papel—. Es puntiagudo y después, desciende. Como este.



Qiang inspiró profundamente en lugar de contestar. Se arremangó las mangas de la túnica, cogió el pincel, lo untó en el suzuri y elevó el codo y la mano a la misma altura. Expiró todo el aire y dibujó los trazos rozando el vacío.

Solo lo había acariciado pero creía haber hecho un buen trabajo. Se acercaban.

—Sigues inclinándolo 45 grados.

Qiang gruñó y giró la cabeza de golpe hacia ella, bufando por la nariz. Reiko se encogió de hombros.

—No es así. Lo sabes.

—Meditemos —ordenó Qiang.

Maestro y aprendiz recogieron sus avances, los guardaron en una caja de bambú y se dirigieron al exterior. Tomoko inspeccionaba el huerto salpicado de unas pocas verduras que se habían animado a salir. Les sonrió y Qiang sintió su ánimo apaciguarse. Suyin corría detrás de Yun junto al bosque y dejaron de hacerlo para mirarlos.

El lugar donde meditaban estaba en un claro a pocos metros de la explanada del templo. Había una pequeña estatua de Amida con el rostro feliz y enmohecida, junto a una roca alargada donde se leía “Compasión”.

Se sentaron en el suelo frente a la estatua, con las piernas cruzadas y las manos sobre las rodillas.

No dijeron nada. Llevaban meses con la misma rutina.

Inspiraron y expiraron varias veces hasta que ambos cogieron el mismo ritmo. Qiang se concentró en la palabra que había escrito Kugen en su pergamino. La que rezaba que significaba Protección. La tenía memorizada pero necesitaban verla en estado de meditación para aprender a escribirla en su perfección.

Kugen, con aquellos manuscritos, había hecho la mitad del trabajo. Solo los dioses podían saber por qué aquel ser había sido capaz de descubrir los Trazos Esenciales, cuando ninguna otra persona lo había conseguido, pero lo había hecho. Ahora necesitaban dejar su mente vacía y visualizar la palabra para ver con precisión en qué se estaban equivocando.

Qiang no supo cuánto tardó. A veces, cuando meditaba, le parecía que habían pasado horas pero su sombra sobre el suelo, tan apenas se había movido. Otras, Tomoko debía avisarlo para que se acordara de cenar.

En un momento impreciso, la palabra dejó de ser una imagen reforzada por su memoria y se desvaneció como si alguien la hubiera soplado convirtiéndola en polvo. Una línea surgió rápida de nada, como la sensación fugaz de que un insecto había cruzado desde la oreja hasta



su frente. La línea se ensanchó, se hizo densa, como si alguien soltara agua sobre tinta y pequeñas líneas oscuras como patas de araña avanzaron por el lienzo de su mente.

Era maravilloso ver la palabra surgir. Siempre lo era. Se acordó de la primera vez que los tres vieron un primer trazo. La primera de las tres veces que había llorado en aquella isla.

Se preguntó cómo sería ver el Enso. Intentó apartar ese deseo de su cabeza pero fue demasiado tarde.

La palabra tembló y empezó a diluirse. Qiang luchó por recuperar el estado de meditación, pero el trazo esencial perdió fuerza hasta convertirse en una lluvia de hilos que se desvanecían, como el final de unos fuegos artificiales.

Suspiró. Por lo menos, había podido ver el maldito trazo superior.

Y Reiko tenía razón. Quizás ella debería ostentar el sobrenombre de sabia, pensó.

Abrió los ojos y la miró. Seguía imbuida en su experiencia. Reiko, para no ser una monja dedicada a las prácticas ascetas y la vida espiritual, siempre había sido mucho más hábil viendo los trazos. Qiang sospechaba que se debía a su experiencia como artista de la pintura zen. Ella era capaz de ver un elemento natural y plasmar en una hoja la esencia de lo que había visto. La respiración de un árbol, la fluidez de un salto de agua, el ritmo interno de una flor de loto.

Pero la caligrafía se le resistía. Juntos hacía un buen equipo.

Los Buscadores.

Qiang sonrió. Les faltaba Echizen. Su optimismo había resultado indispensable para todo lo que habían conseguido. Sintió una punzada de nostalgia recordando a su amigo.

Dejó a Reiko con su experiencia y volvió a concentrarse.

Tenían mucho trabajo.

---Fin del capítulo---

